

mal,» y de esto deducen, con manifiesta falsedad; «luego esta clase es mala.» ¡Consecuencia viciosa!.....Y llevando adelante su inconsecuencia, deducen de esta primera consecuencia viciosa, otra consecuencia absurda: «luego, dicen, si la clase sacerdotal obra mal, mala es la doctrina que predicán, mala la iglesia que con todos los fieles forman.» Y apoyados en este absurdo, se lanzan frenéticos en una obra imposible, porque imposible es destruir un edificio que tiene por inquebrantable base la palabra del Dios Omnipotente. Adelante nos volveremos á ocupar de lo que en este sentido se ha hecho en México; y por ahora solo vamos á referir los hechos, en la parte que es necesaria para dejar satisfecha la materia de este capítulo.

El clero estuvo dividido en México, desde los primeros días de establecido el gobierno de los vireyes, en dos clases: la del clero secular; y la del regular. Esta última, fué la que desde los primeros tiempos de la conquista trabajó con un celo infatigable y verdaderamente apostólico en bien de la sociedad; y los trabajos que hicieron merecer á esta venerable clase la gratitud de una sociedad de quien fué su constante bienhechor, ya los dejamos pormenorizados en cuanto lo permiten los límites de esta obra, en el tomo tercero.

Los trabajos del clero regular en México fueron siempre en aumento, recogiendo de ellos un copioso fruto de civilización en la extensa mies que regaban con sus sudores y que cuidaban con sus fatigas y vigiliás; y el primer golpe que la sociedad recibió en esta clase bienhechora, fué la que el gobierno español le dió en la supresión general de la órden de la Compañía de Jesus. Los hijos de S. Ignacio de Loyola habian sido los mas fuertes defensores de la verdad en las naciones civilizadas, cuando el mundo se vió invadido por los pestilenciales errores de

la reforma del siglo XVI, y los mas celosos apóstoles para llevar á los pueblos incultos los fulgores de la civilización, congregando en torno de la Cruz los enjambres de gentes que vivian en la barbarie, y que al pié de aquel árbol sagrado se desnudaban de sus instintos salvajes, cambiando á fuerza de trabajo aquellos hábitos feroces en las dulces costumbres de una sociedad civilizada. Y cuando el mundo se vió privado de estos operarios con un golpe tan injusto como impolítico, necesariamente tuvo que resentir sus funestas consecuencias, tanto en la dirección de la educación en los países civilizados, como en la propagación de la civilización en los pueblos bárbaros.

México que tenia centros de población civilizada y extensos terrenos habitados por tribus salvajes, sintió el doble efecto de la extinción de la Compañía de Jesus. La mayor parte de las misiones que desempeñaban, principalmente en las provincias occidentales y del Norte, quedaron abandonadas con gran perjuicio de la civilización; y solo en algunas fueron sustituidos los padres que las servian, por algunos religiosos de S. Francisco y de los colegios de propaganda fide.

Cuando mas tarde, México se hizo independiente, una de las medidas de sus primeros gobiernos para mengua de esa falsa libertad con que se ha engañado á los pueblos, fué la de suprimir las subvenciones que se daban para los gastos con que se sostenian las misiones entre las tribus bárbaras; y á causa de esto, quedó ya completamente cerrada aquella senda de una gloriosa carrera para las clases del clero regular, donde tanto habia acrisolado sus virtudes y se habia cubierto de un lustre y esplendor, que no podrá dejarse de reconocer apesar del trascurso del tiempo y de ese velo de ignominia que una generación desagradecida, ha querido extender sobre esa clase que fué en los días de infortunio para los pueblos el manan-

tial mas abundante de donde salian á torrentes los consuelos que dulcificaban sus amarguras.

Puesta en inaccion por decirlo así, la clase del clero regular, quedaron sus individuos reducidos á la accion del claustro; y como un ejército se debilita cuando retirado de las gloriosas campañas donde recogia tantos laureles para adornar las frentes de sus soldados, solo vive en el retiro del cuartel, así el clero regular se debilitó en su accion, cuando dejando la vida activa en la propagacion de la civilizacion evangélica, quedó reducido á la vida contemplativa, á donde no tardó en llegar la gangrena general que corrompia á toda la sociedad; y por desgracia, aquellas comunidades que produjeron tantos heróicos operarios del evangelio, no dilataron en presentar algunos escándalos de varios de sus individuos, que prestaron ocasion á los enemigos de la Iglesia para sacar un argumento que, sin serlo, lo presentaron sin embargo como poderoso, hasta conseguir á fuerza de repetidas y apasionadas declamaciones, destruir en México una clase tan respetable por todos títulos. Y en este universal naufragio, ninguna comunidad religiosa escapó; pues á los terribles golpes de una demagogia injusta, cayeron confundidas todas, lo mismo la que reportaba alguna responsabilidad por haber degenerado de su glorioso fin, como las que supieron mantener incólume hasta los últimos dias, la pureza y santidad de su regla. Entre estas últimas se cuentan como testimonio de un solemne mentís contra los enemigos de las órdenes monásticas, los colegios de propaganda fide, y muy especialmente el colegio apostólico de Guadalupe en el Estado de Zacatecas, que siempre fué infatigable en sus trabajos y en la estricta observancia de su regla; y el dia, que una mano impía arrojó á sus religiosos del seno de su claustro, arrearon su bandera sin mancha, como aquellos heróicos soldados, que despues de un glorioso

combate se retiran del campo, sin haber empañado el brillo de sus armas con alguna accion indigna. ¡Siempre será un título de gloria para todos sus miembros, poder decir: que pertenecieron á una comunidad, que con la santidad de cada uno de sus individuos, formaba el conjunto de una comunidad ilustre, venerable, y cuyo nombre debe siempre repetirse con emociones de admiracion y reconocimiento, por todas las generaciones que vienen!

En cuanto al clero secular, para juzgarlo social é históricamente, hay que considerarlo bajo los dos aspectos de los dos grandes fines que en la sociedad les designó el Divino Fundador de la Iglesia católica y del sagrado ministerio del sacerdocio. «Vosotros sois, dijo el Señor á sus apóstoles, piedras fundamentales del sacerdocio católico, la luz del mundo; Vosotros sois la sal de la tierra.» *Voz estis luz mundi: Voz estis sal terræ.* Para llenar el primer fin, les dió el precepto y en él la facultad de ir por todo el mundo, á predicar á toda gente y á enseñar á toda nacion: y en esto quedó constituido el sacerdocio católico, maestro único y universal de la fé. Para llenar el segundo fin, por el cual el Salvador Divino puso á sus ministros como reguladores de las costumbres de la sociedad, les dió el precepto *estote sancti, estote perfecti*: sed santos y sed perfectos. Y cuando quedó constituido el ministerio sacerdotal con toda la plenitud de facultades que necesitaba para llenar su elevadísima mision, su maestro Divino puso la clave á estas supremas facultades, enviándolos por todo el mundo, con la misma potestad que el Hijo habia recibido del Padre; y al subir el Redentor Divino á la diestra de su Padre, aun no partieron los apóstoles á desempeñar su divino ministerio, porque aun les faltaba recibir la accion santificadora del Espíritu Santo. Para esto, no tuvieron que ir á cursar las aulas de las florecientes escuelas de Roma y de Grecia; ni que ir-

se á iniciar en los misterios de la sabiduría á los oráculos puramente humanos, ni que ir á recorrer las naciones para desentrañar las maravillas de la naturaleza y para descubrir los progresos de las ciencias del hombre; y lo que tuvieron que hacer y lo que hicieron, fué encerrarse dentro de sí mismos, en aquel sosegado y secreto recinto del Cenáculo: allí fué donde empezó á realizarse la profética promesa que el Señor habia hecho *de derramar sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalem, el espíritu de gracia y oracion*: y allí fué, donde estando los apóstoles, como dice S. Lucas, *perseverando todos unánimemente en la oracion*, tuvieron la escuela en que aprendieron con la luz del Santo Espíritu, que allí descendió sobre ellos, á confundir la falsa sabiduría del mundo y á curar las llagas de sus corrompidas costumbres.

Esta escuela apostólica, es la que debe cursar el clero en todo tiempo para llenar debidamente su mision: y para poder juzgar en todos tiempos y en todas partes de la accion del clero sobre la sociedad, ó mas bien dicho de la direccion que le dé, basta conocer la escuela en que el clero se haya formado. Si esta escuela, á la vez de ilustrar la inteligencia con las ciencias indispensables al desempeño del ministerio sacerdotal, forma tambien y principalmente el corazon, nutriéndolo perfectamente en el espíritu apostólico, ó mejor dicho con el Espíritu Santo que en la perseverante oracion del Cenáculo formó el corazon de los apóstoles, entónces con toda seguridad puede decirse, que el clero está formado conforme al espíritu del divino Fundador de la Iglesia, y que la sociedad apacentada en los campos de la virtud y bebiendo en los abrevaderos de la gracia, caminará con paso seguro por los senderos de la felicidad; pero si el clero no está formado conforme á las dos condiciones esenciales

para llenar los dos grandes fines de su institucion considerada sócialmente, esto es, de ser el maestro de la fé y el regulador de las costumbres, entónces tambien sin equivocarse se puede decir que falta algo al clero para llenar su altísima mision; y que esta falta influirá en que la sociedad camine extraviada, viendo primero corromper sus costumbres, y mas tarde, oscurecer su inteligencia con las nubes de los errores.

El clero secular mexicano se formaba en los seminarios, donde se satisfacía hasta donde era posible la necesidad de ilustrar la inteligencia de los jóvenes levitas, en todas las ciencias indispensables para desempeñar debidamente el ministerio sacerdotal; y por esto hemos visto, que en todas las revueltas habidas entre nosotros despues de la independencia, y en esas encarnizadas luchas que han venido á provocar el espíritu revolucionario importado por las escuelas extranjeras, el clero tiene como un título de gloria que no se lo podrán quitar sus adversarios, ni empañar siquiera sus detractores, de haber guardado la mas perfecta unidad en la fé y de haber combatido con un noble y heróico esfuerzo para salvar esa celestial antorcha, única luz civilizadora de las sociedades. Si despues de una tormenta tan desecha como la que ha descargado sobre nosotros, se salva nuestra sociedad del naufragio de que se ha visto amenazada, su salvacion la deberá á la accion poderosa de la fé; y este depósito sagrado no se ha guardado incólume y librado de tan terribles golpes que le han descargado sus enemigos, hablando humanamente, sino al glorioso esfuerzo de esa milicia sagrada que reconoce, por gefe, al episcopado mexicano perfectamente unido á la cabeza visible de la Iglesia católica, por dignos y esforzados capitanes, á todos los miembros del clero que han marchado exactamente sobre las huellas de sus prelates, y por soldados,

á todos los que, por dicha suya, nó han renegado de la Fé, cuyo glorioso estandarte está en el leño de la Cruz que corona la cumbre del Calvario.

Pero si los establecimientos de educacion sacerdotal, bastaban para satisfacer la necesidad de que el clero llenara perfectamente el primer fin de su altísima mision; no eran sin embargo, del todo suficientes, para nutrirlos tan satisfactoriamente como hubiera sido de desear, en ese espíritu apostólico, que haciéndolos la sal de la tierra, los hubiera llenado de ese espíritu de gracia y oracion que debia ser la completa egida de las costumbres generales de la sociedad.

Esto consistia en que abriéndose los seminarios, no solo para recibir en su seno á los jóvenes que debian abrazar la sagrada carrera del ministerio sacerdotal, sino para todos los seculares que aspiraran á una educacion científica, cualquiera que fuese, supuesto que no habia otros establecimientos de educacion literaria, para la formacion del corazon se seguia un método comun, magnífico sin duda para nutrir el espíritu de los jóvenes en todas las virtudes, en un grado ordinario; pero insuficiente para dotar á todos los sacerdotes en ese perfecto espíritu apostólico, que es esencial para el digno desempeño del tremendo ministerio sacerdotal. Y esta es la razon porque, entre multitud de varones apostólicos que han ejercido su ministerio entre los pueblos con una pureza y santidad de vida propia de los tiempos heróicos del cristianismo, y un celo digno de los primeros campeones de la Iglesia católica, no han faltado lunares que se hayan descuidado de su rebaño, tanto mas notables, cuanto era admirable la heroica conducta de los muchos sacerdotes que han olvidado todo lo terreno, para cuidar solo del bien espiritual, para honra de la Iglesia mexicana y gloria del Divino Conservador de las sociedades.

Pero tanto porque es una propension bastante comun, pasar de prisa por delante de las almas grandes y olvidar con demasiada prontitud los sentimientos generosos, á la vez que se hace fijar la opinion de una manera remarcable en todas las miserias del corazon humano, como si se hallara un placer en la desgracia ajena; como tambien porque á la obra de destruccion del espíritu revolucionario, no convenia hacer mérito sino de aquellas acciones individuales, personalísimas, en que algunos miembros del clero aparecian con una conducta contraria á la elevada grandeza de su ministerio, el espíritu de reforma las sacaba á plaza poniendo el grito en el cielo para condenarlas; en lo cual obraria con razon, si obrara con rectitud y con justicia. Pero no era el bien general de la sociedad, ni un espíritu de justicia por reformar en el clero aquellos actos que no estaban conformes con la pureza de su institucion, lo que guiaba á los turbulentos espíritus que con tanta agitacion procuraban un trastorno social; sino que tomando solo ese pretexto, confundian en sus injustas acusaciones á toda esa clase venerable, para descargar sobre toda, su golpe de destruccion, á fin de privar á la fé de sus maestros y naturales defensores, para minar entónces por su base el edificio social, y levantar sobre sus ruinas, un nuevo edificio donde tuviera su trono la razon con los arreos de sus extravagantes delirios y espacio suficiente para pasearla por el campo de todas las pasiones.

En la relacion de los hechos de que nos vamos á ocupar, examinaremos en detalle cada uno de esos actos de la reforma, que son otros tantos tiros contra la religion, y á la vez otros tantos golpes de la justicia divina sobre una sociedad á quien quiere castigar por sus culpas pasadas, y á quien quiere probar en el crisol de la tribulacion, para que su fé se avive, para que su esperanza se aliente, para que su caridad se inflame; y para que aprendiendo

en esa escuela del dolor y del sufrimiento, su corazón se haga digno de elevarse sobre todas las miserias y desempeñar el noble papel que le está reservado en los desig-
nios de la Providencia, entre todas las acontecimien-
tos que determinan la marcha general de la humani-
dad.

Ahora solo hemos considerado en general las causas remotas de la revolución, para estudiar á ésta bajo el pun-
to de vista filosófico; y para considerarla, no solo como un mal esencial sino también como un mal accidental, que puesto en las manos de Dios como un instrumento, unas veces de su justicia y otras de su misericordia, lo convierte el Señor en un bien por sus consecuencias en la marcha ulterior de la sociedad. Un mal y muy grande, fué el pavoroso cataclismo del diluvio; pero como instru-
mento de la justicia de Dios, fué un bien para librar al mundo de toda carne corrompida; y como instrumento de su misericordia, fué un bien para determinar la marcha recta de la humanidad en la inocente familia del justo Noé. Un mal fué para el mundo, que las hordas bárbaras del Norte capitaneadas por Atila y Alarico inundaran la Europa, y que dándose un abrazo con los pueblos incultos del septentrion y con las tribus nómadas del Oriente, formaran un dogal sobre el cuello del mundo culto, ahogándolo entre los feroces gritos de su furor salvaje; pero este mal tan grande como fué, era á la vez un bien en manos de la Providencia, porque era un instrumento de su justicia para abatir el orgullo y quebrantar hasta el último hueso de aquel criminal coloso de Roma, famoso ladrón de toda la redondez de la tierra y opresor tirano de todos los pueblos; y también era un instrumento de la misericordia divina para preparar por ese medio en todo el mundo, el paso á la verdadera civilización, oculta entón-
ces bajo las sombrías catacumbas de la ciudad de los

Césares ó desterrada á los solitarios y rústicos albergues de los anacoretas.

De aquí ha partido la profunda observación de hom-
bres previsores y conocedores del corazón humano, que estudian el tiempo presente en las polvosas y enmoheci-
das páginas de lo pasado, y que ven reflejar los misterios del porvenir en la tersa superficie del presente, que siempre entre la lucha del bien y del mal físico y natural se nota el triunfo del segundo sobre el primero; pero en el momento de entonar el canto de su victoria, de entre aque-
llas ruinas del orden físico y de los escombros del orden natural, sale victorioso el bien moral y sobrenatural; porque las revoluciones así como son males en cuanto tienen de ser la obra de los hombres, así también son bienes en cuanto que son los instrumentos de Dios para castigar las so-
ciedades culpables objeto de su justicia, y preparar los caminos de las sociedades heroicas y generosas objeto de su misericordia. Y por eso ha dicho uno de esos hom-
bres eminentes, que cuando una sociedad lamenta los es-
tragos de una revolución, los contendientes en esa lucha no deben llamarse adversarios, sino cómplices de un mismo delito, supuesto que el mal de la revolución es la obra comun de los que la promueven y de los que la provocan: y esta observación altamente sabia y profundamente filo-
sófica, sirve para entrar con una luz muy clara en el estudio de las revoluciones; para conocer cuáles son sus ver-
daderas causas; para saber lo que tienen de esencialmente malo y de accidentalmente bueno; y para que conociendo su verdadera naturaleza, se sepa buscar el remedio de ellas en aquel punto donde verdaderamente tienen el mal y puede aplicárseles el remedio.

Haciendo aplicación de esta doctrina al período histó-
rico de que nos vamos á ocupar, deduciremos como con-
secuencia: que si el espíritu de incredulidad ha extendido

84